

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Asalto rápido, ataque preventivo [Assault fast, preemptive attack]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Pratt, Mary Louise
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-06-19 15:23:30
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/218903

Asalto rápido, ataque preventivo

*El teatro doméstico
de la guerra y
las nuevas disidencias*

Mary Louise Pratt

Con el 11 de Septiembre y la guerra de Irak, las tácticas para reprimir la disidencia en el escenario doméstico en EEUU se asemejan a la táctica militar en el exterior: asalto rápido y ataque preventivo. La derecha opera por medio de redes gubernamentales, mediáticas, corporativas y privadas que sin embargo no logran interpelar a la ciudadanía de manera consistente y satisfactoria. La derechización actual en EEUU tiene antecedentes en el maccartismo y la Primera Guerra Mundial, y sus orígenes están en un nuevo activismo desarrollado a partir de 1968, ayudado por la monopolización de los medios. No obstante, internet ofrece un poderoso apoyo a las prácticas opositoras, y crea un nuevo agente político, el público global.

Lo único que hay que hacer es decirles que están siendo atacados, y denunciar a los pacifistas por su falta de patriotismo, y por exponer el país al peligro. Funciona igual en todos los países
Hermann Göring (cit. por L. Lapham, *Harper's*, 6/2003, p. 9)

Solo la presunción, los sueños de grandeza, las vanas fantasías, el anhelo del poder o el deseo de escapar: nuestros peligros y obligaciones domésticos podrían convencernos de que la Providencia nos ha nombrado su pueblo elegido para la pacificación de la Tierra
Charles Beard, historiador estadounidense, 1939

A mediados de marzo de 2003 un grupo de profesores de la Universidad de Columbia, en Nueva York, organizó un foro público contra la invasión

Mary Louise Pratt: profesora de Literatura Latinoamericana en la Universidad de Nueva York.
Palabras clave: derechización, pacifismo, tendencias, guerra de Irak, Estados Unidos.

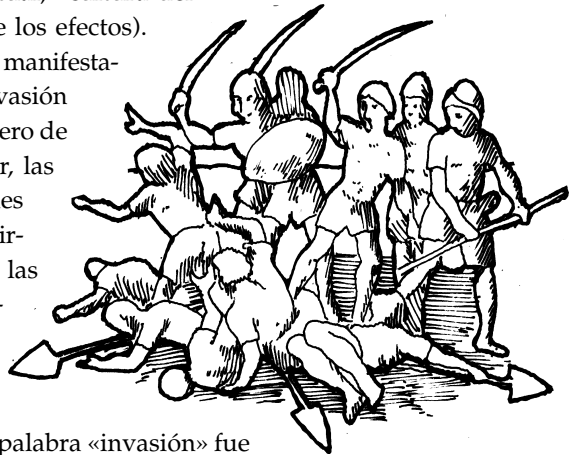
a Irak; una de las decenas de miles de reuniones convocadas a lo largo de Estados Unidos para debatir la guerra. De las seis horas de debate académico, para algunos un tanto aburrido, sobrevivieron sólo los apasionados aportes de un joven profesor de antropología: según él, se trataba de una guerra imperial; sólo el pueblo iraquí podía lograr la liberación de su propio país; los soldados americanos, en su mayoría provenientes de clases subordinadas, debían negarse a pelear; los únicos héroes eran quienes ayudaban a vencer al ejército estadounidense; hacía falta «un millón de Mogadiscios». En el lapso de unas cuantas horas estas últimas palabras, referidas a un incidente de 1993 donde en Somalia murieron 18 soldados estadounidenses (v. la película *Black Hawk Down*), desataron un ataque de histeria masmediática sumamente revelador del estado de los medios y de las psiques en el país, de la fuerza de un patriotismo nuevamente militarizado, de la creciente intolerancia hacia la disidencia, y de una nueva onda de agresión contra el pensamiento crítico en las universidades y en la sociedad.

La máquina sensacionalista fue puesta en marcha por un reportero del diario neoyorquino *Newsday*, quien asistió a la reunión en busca de algún *soundbite* que le permitiera movilizar las pasiones patrióticas de sus lectores (y avanzar en su carrera dentro del mundo hipercompetitivo del periodismo actual). Su reportaje fue retomado por la prensa amarillista neoyorquina, *The Daily News* y *The New York Post*, y más importante, por poderosos ideólogos televisivos de derecha, como el belicoso animador de *talk show* Bill O'Reilly, de la cadena Fox. Ya desde el día siguiente este profesor se vio inundado de amenazas de muerte por teléfono y por correo electrónico; tuvo que cancelar sus clases y esconderse junto con su familia. El presidente de la Universidad repudió los comentarios antipatrióticos de este catedrático, joven antropólogo especialista en estudios latinos, pero aseguró que estaban protegidos por la libertad académica. La respuesta fue una cascada de correos de los graduados, amenazando con suspender sus contribuciones si no despedían al traidor. A la vez, no menos de 104 miembros del Congreso estadounidense firmaron una carta puesta a circular por un representante republicano de Arizona, condenando al profesor e insistiendo en una acción disciplinaria, que fue rechazada por el presidente universitario, quien argumentó contra tales represalias y juzgó inaceptables bajo el principio de la libertad académica. También una fideicomisaria de la Universidad del Estado de Nueva York aprovechó la controversia para hacer hincapié en un artículo publicado por el órgano nacional de derecha *National Review*, acerca de la necesidad de imponer la «diversidad ideológica» en las universidades, quitándole al profesorado poder de decisión sobre los nombramientos académicos. La reacción predominante dentro de la academia, inclusive entre

los demás participantes de aquella mesa, fue insistir en la libertad de expresión y condenar rotundamente las palabras que habían generado la polémica. Lo que más ofendía, decía la gente, era la falta de apoyo a las tropas, el dolor que esa indiferencia podía causar a sus familiares.

El incidente de la Universidad de Columbia permite ver algunas dimensiones de la actual maquinaria ideológica en EEUU y los pactos que la alimentan, y atestigua la intensificación, durante la guerra de Irak, de la cultura de intimidación que se desplegó sobre el país a partir del 11-S (prefiero hablar de intimidación en lugar de nuestro término habitual, «cultura del miedo», para enfatizar las causas sobre los efectos).

En contraste con las enormes y extensas manifestaciones de oposición pública contra la invasión a Irak durante los meses de enero y febrero de 2003, una vez lanzada la acción militar, las posturas antibélicas resultaban admisibles sólo si venían prologadas de explícitas afirmaciones de amor patrio y de apoyo a las tropas estadounidenses. Con esta estrategia muchos progresistas esperaban romper el monopolio conservador sobre el patriotismo, y legitimar un espacio crítico frente a la guerra. Así, la palabra «invasión» fue



suprimida de todos los léxicos. El escándalo alrededor de la conferencia en Columbia derivó no solo de las pasiones personales, sino de la acción de redes organizadas para generar este tipo de polémicas. Son las batallas a través de las cuales se producen las guerras ideológicas, donde la derecha busca exhibirse en el papel sensacionalista del agresor, mientras las corrientes progresistas, críticas y de izquierda desarrollan exitosamente el uso de los sitios web como espacios de información y debate. En estas breves páginas propongo comentar varias dimensiones de la situación actual, luego señalar algunos de sus antecedentes históricos, y al final describir brevemente las formas emergentes de disidencia.

Asalto rápido, ataque preventivo: el antiterrorismo doméstico

Cuando hoy se habla de «la derecha» en EEUU, se alude a una fuerza entretejida de agencias gubernamentales y judiciales, ONGs, sectores religiosos, institutos de política e investigación (los *think tanks*), el Partido Republicano, empresas privadas y de medios. Los actores se mueven con fluidez a través de las

fronteras extremadamente porosas entre estas entidades, ocupando múltiples cargos al mismo tiempo. Por ejemplo, la fideicomisaria de la Universidad del Estado de Nueva York, que exigía diversidad ideológica, fue nombrada en gran medida por su afiliación republicana y su conservadurismo. Pertenece a la Asociación de Graduados y Fideicomisarios, entidad no gubernamental fundada en 1995 por Lynne Cheney (esposa del actual vicepresidente de EEUU), quien es doctorada en literatura inglesa e investigadora en el prestigioso y archiconservador American Enterprise Institute. En 1986, Cheney fue nombrada por el presidente Ronald Reagan para ocupar el influyente cargo de directora de la Fundación Nacional de Humanidades, principal ente de apoyo gubernamental a la investigación humanística, desde donde se estableció como protagonista permanente de la derecha en la esfera de la educación. Frente al fracaso, se dice, de los esfuerzos para coordinar una agenda de derecha entre el profesorado¹, junto con el demócrata conservador Joseph Lieberman, formó la Asociación de Graduados y Fideicomisarios. En 2000 la AGF, según anunció en internet, distribuyó más de 3.000 millones de dólares en instituciones educativas estadounidenses.

Dos meses después del ataque a las Torres Gemelas, la AGF publicó un informe titulado «Defendiendo la civilización: cómo nuestras universidades le fallan a EEUU», señalándolas como «el eslabón débil en la respuesta nacional al 11-S». «Cuando los intelectuales de una nación no están dispuestos a defender su civilización –decía– fortalecen a nuestros adversarios.» El documento mencionaba a unos 40 académicos y 117 incidentes de antipatriotismo; muchos de ellos consistían en la mera sugerencia de que podría haber explicaciones para la agresión que acababa de sufrir el país. Esa lista provocó la suspensión de varios profesores, pero fue tenazmente criticada y burlada (p. ej. la valiente filósofa Judith Butler escribió sumándose a los antipatrióticos y haciendo el pedido formal de ser incluida en el distinguido club). Frente a las reacciones negativas, la AGF suspendió su sitio en la red y desapareció del escenario público.

Con relación al Medio Oriente, otra lista negra fue elaborada por el grupo de vigilancia Campus Watch, fundado por Daniel Pipes, ex-académico y especialista en Oriente Medio, y financiado, como la mayoría de los proyectos educativos de la derecha, por las grandes fundaciones conservadoras (Heritage, Olin,

1. En las universidades norteamericanas los graduados influyen, sobre todo organizados en redes, con su dinero, fuente esencial de fondos para las universidades norteamericanas, tanto públicas como privadas. Los fideicomisarios, que suelen ser representantes prestigiosos de grandes corporaciones, y en las universidades públicas nombramientos políticos, dictan las políticas universitarias a nivel macro y –aspecto importantísimo– nombran a los rectores (o presidentes).

Coors, entre otras). Pipes se ocupa de atacar a especialistas universitarios que critican a Israel o simpatizan con los palestinos. Mantiene un sitio web (www.campuswatch.org) y una extensa red mundial. (Pocos meses atrás, una profesora de Yale, al publicar un artículo antibélico en el periódico universitario, recibió 18.000 correos electrónicos que incluían amenazas de muerte y violación.) Recientemente, a pesar de la fuerte oposición de los especialistas académicos, Pipes fue nombrado por la administración Bush en el Consejo de Directores del US Institute of Peace, un instituto federal independiente fundado en 1984 para asesorar al Gobierno sobre política exterior. Simultáneamente, Pipes es periodista de *The New York Post* y de *The Jerusalem Post*, diarios pertenecientes al enorme imperio del australiano Rupert Murdoch, fundador de Fox TV y también ideólogo de derecha. No es entonces motivo de asombro que saltando a la red multimediática, el escándalo de Columbia haya tenido un matiz sensacionalista con tanta amplitud y rapidez. Como lo sugiere este caso de Columbia, el rápido y concentrado asalto sobre las acciones de disenso, y su espectacularización, es producto de un tejido de entidades gubernamentales, políticas, mediáticas y de redes electrónicas formales e informales. Cuando Hillary Clinton habló en 1999 de una «vasta conspiración de derecha», el público no le creyó; ahora el concepto de una «vasta red de derecha» forma parte del vocabulario cotidiano. Tres factores clave son la creciente concentración de los medios en cada vez menos manos, su politización hacia la derecha, y el amarillismo de los circuitos de información y debate. Estos hechos permiten la escenificación de conflictos ideológicos domésticos según los mismos códigos con que se orquestan las guerras en el exterior: despliegue rápido, bombardeos masivos y abrumadores, llovidos sobre un enemigo objetivado, criminalizado y empujado, junto con ataques preventivos.

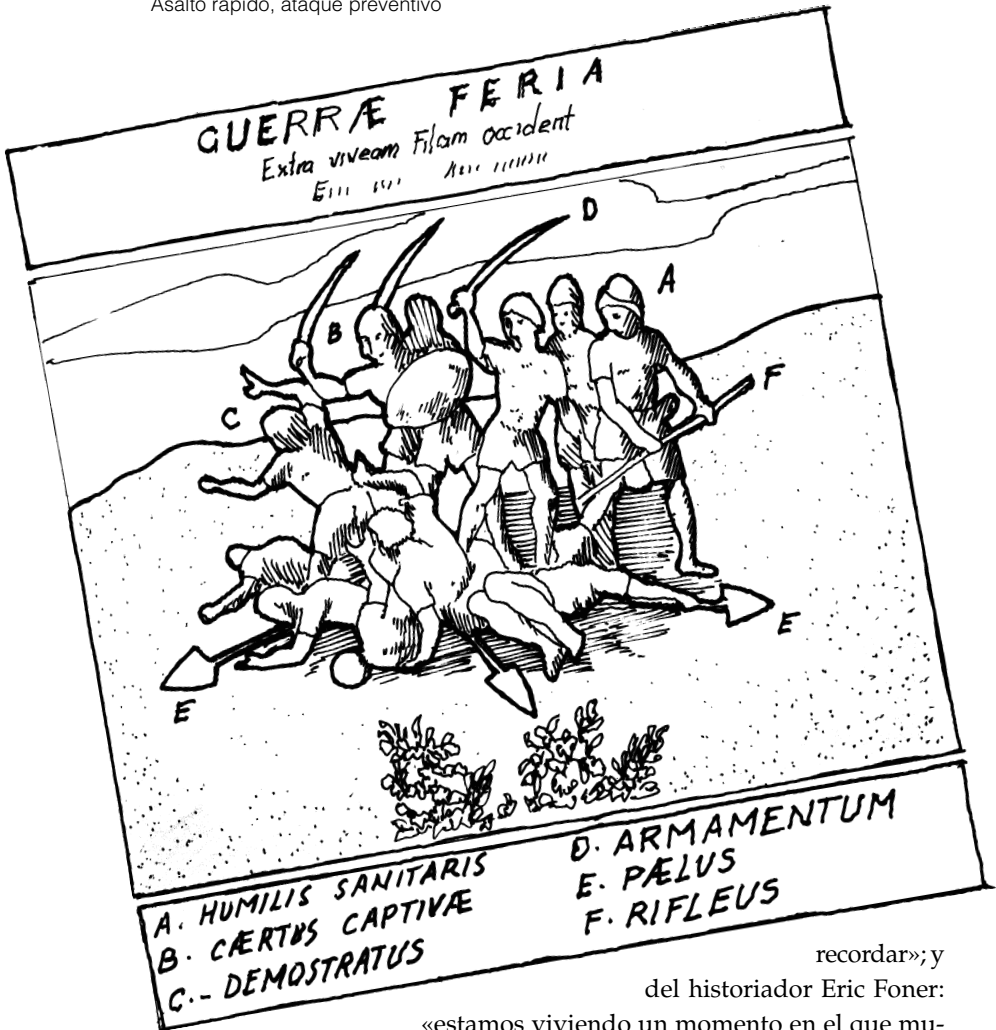
***Hillary Clinton
habló en 1999
de una «vasta
conspiración
de derecha»***

Casi en coincidencia con el foro de Columbia, una cantante del grupo tejano Dixie Chicks, dijo en Londres que se avergonzaba de que el presidente Bush fuera de Texas. Estas palabras provocaron otro paroxismo de rabia y agresión, bajo el signo del patriotismo. En pocas horas, a lo largo de EEUU las radioemisoras denunciaban una tras otra con feroces invectivas el gesto antipatriótico, renunciaban a poner la música de las Dixie Chicks, e invitaban a los oyentes a un boicot contra sus discos. El Congreso de Carolina del Sur aprobó una resolución demandando que antes de alguna aparición pública en ese estado, las cantantes pidieran disculpas y ofrecieran un concierto gratuito en homenaje a las familias de militares. El ataque a las Dixie Chicks parecía una espontánea reacción en cadena, pero la verdadera cadena fue la inmensa empresa radiofó-

nica Clear Channel, con sede en San Antonio (Texas), dueña de 1.200 radioemisoras y que controla 25% de los oyentes radiofónicos en todo el país y 60% de la programación de rock². La empresa cuenta con un público de 103 millones de personas dentro de EEUU, y en su red de 240 radioemisoras internacionales alcanza la sexta parte de la población mundial. Durante la guerra, Clear Channel dejó atrás la función informativa de los medios para encabezar la organización de manifestaciones probélicas a través de su inmensa red radiofónica y sus 47 estaciones de televisión. El vicepresidente de Clear Channel es un viejo amigo de la familia Bush, ex-socio de George II en negocios en Texas y activista republicano. Seguramente ni siquiera fue necesaria una llamada de Karl Rove para movilizar la cadena contra la infeliz Chick, bajo el pretexto de responder a las reacciones de sus oyentes. El debate en internet, sin embargo, revela que las reacciones de los oyentes fueron en realidad muy diversas. Muchos apoyaron a la valiente Chick, quien se disculpó de faltar el respeto al presidente, reafirmando su amor patrio, y reiterando sus motivos por oponerse a la guerra. Semanas después, en su concierto de Carolina del Sur, el grupo ofreció al público la oportunidad de ser abucheado y la respuesta fue una larga y afectuosa ovación. Clear Channel maneja los programas de conciertos de numerosos artistas, como Madonna, Pearl Jam, Aerosmith y Janet Jackson. El mensaje para los músicos fue claro: quienes usan su acceso a los medios para expresar disensos políticos pueden esperar grandes y dramáticas represalias. El actor activista Tim Robbins cita una conversación con un rockero, quien dice compartir la oposición a la guerra, pero sin poder hablar en público porque Clear Channel «controla nuestros ciclos de conciertos y la mayoría de radioemisoras que ponen nuestra música. Yo no puedo declararme contra la guerra». Es obvio que puede; lo triste es la forma como la lógica del mercado se naturaliza dentro de los círculos disidentes. Pero el miedo también es real: la destrucción de vidas y carreras por las listas negras de McCarthy es historia conocida entre los artistas de hoy.

Estos incidentes confirman el comentario de John Le Carré: «América ha entrado en una de sus fases de locura histórica, aunque ésta es la peor que puedo

2. Clear Channel nació de una primera etapa de desregulación en 1996, que le permitió una expansión sin precedentes, de 36 estaciones a 1.200. Esta consolidación, nadie lo niega, ha estrechado el panorama tanto musical como ideológico al cual los ciudadanos tienen acceso. La música experimental, local, clásica, folklórica, internacional (como las voces de izquierda) ya no existen en la radio comercial de EEUU. Los medios nacionales son casi monopolizados por cuatro gigantescas empresas: AOL-Time Warner, Viacom, Disney y el megasaurio News Corporation. Este último, por ejemplo, obra imperial de Rupert Murdoch, comprende la empresa filmica Fox Entertainment, la red televisiva Fox, una empresa de cable que incluye Fox News y varios canales más, una red de periódicos que abarca el *Times* de Londres, *The New York Post*, *The Jerusalem Post*, una colección de casas editoriales como la gigante Harper Collins, una imprenta cristiana, y muchas entidades más. Está en proceso de adquirir el servicio de satélite DirecTV (*The New York Times*, 27/5/03).



recordar»; y

del historiador Eric Foner:

«estamos viviendo un momento en el que muchos comentaristas parecen ver la libertad de expresión como un inconveniente antipatriótico. Los ataques incesantes a los disidentes tienen el propósito de crear una atmósfera de 'shock and awe' dentro del país»; o del rockero Bruce Springsteen condenando «la presión por parte del Gobierno y las grandes corporaciones para imponer una conformidad de pensamiento acerca de la guerra y la política»³. Pero también como estas citas muestran, existe un vigoroso clima de debate y contestación. A pesar de los números de las encuestas, la invasión a Irak se disputó animadamente en las calles, en las cafeterías, en las iglesias y los lugares de trabajo. Hasta los familiares de militares no escondían sus dudas sobre la justificación de la intervención. Muchos radioyentes suscri-

3. La cita de Le Carré está en *The London Times*, 15/1/03; la de Foner en *The Nation*, 2/6/2003, p. 13; la de Springsteen en su sitio en la red.

***Las tácticas
 que se usan
 en el teatro
 de la guerra
 también
 se despliegan
 en el escenario
 doméstico***

bieron los comentarios de las Dixie Chicks. Afirma Foner, «con la excepción de la Segunda Guerra Mundial, no hay guerra en la historia de este país que no haya suscitado una animada oposición doméstica». La oposición a la guerra fue articulada en los reducidos medios nacionales progresistas, por algunas figuras de la prensa *mainstream*, en muchas publicaciones locales, y sobre todo, en una enorme proliferación de sitios de red creados precisamente para criticar los intereses comerciales y las actividades e ideas de la derecha. Tales sitios, muchos de muy alta calidad⁴, constituyen una inmensa fuente de información, de ideas y de solidaridad. La red representa un nuevo recurso obviamente al alcance de todo el espectro político, pero particularmente poderoso para las perspectivas minoritarias, disidentes (de) y no funcionales a los intereses dominantes. La anonimidad e invisibilidad de la red justamente las protegen de la táctica de asalto mediático preferida por la derecha. Aunque la influencia de estos medios alternativos en nada se acerca a la de los grandes medios comerciales, hay que reconocer que la red es como un nuevo espacio vital, participativo y asequible que está contrarrestando la erosión de la ciudadanía por parte de los medios. Sin embargo aquella autocensura admitida por el rockero tiene numerosos ecos. A artistas y grupos teatrales se les hizo saber que la Fundación Nacional de las Artes sólo considerará proyectos «muy seguros»; el riesgo y la experimentación artísticos constituyen amenazas. A los científicos investigadores sobre sida se les aconsejó que en sus propuestas al Instituto Nacional de la Salud evitaran palabras como «homosexual», «sodomía», «sexo anal»; en los espacios del dogmatismo, la nomenclatura lo es todo. La decepcionante pasividad de los demócratas atestigua la dificultad de replicar a la agresividad y la rapidez con las cuales la máquina republicana responde a cualquier voz de oposición razonable. Horas después de atribuir la invasión de Irak a un fracaso diplomático, Tom Daschle, líder demócrata, fue triturado por la Casa Blanca y todo el equipo de comentaristas de derecha. No ha vuelto a levantar la cabeza.

He sugerido más arriba que las tácticas que se usan en el teatro de la guerra también se despliegan en el escenario doméstico. Se trata no solo del asalto rápido sino también del ataque preventivo. Según el semanario progresista *The Nation*, en febrero de 2003 un avión federal con 100 agentes armados aterrizó misteriosamente en un pequeño pueblo de Idaho a las 4:30 de la madrugada.

4. Para algunos ejemplos, v.: <commoncause.org>, <alternet.org>, <takebackthemedias.com>, <MikeHersh.com>, <dissidentvoice.org>, <prospect.org>, <moveon.org>, <clearchannelsucks.org>. La lista es arbitraria pero representativa.

Los agentes invadieron el dormitorio de la universidad del estado, llevándose sin explicaciones a un estudiante saudita y separando a 20 estudiantes mediorientales más; los interrogatorios duraron horas, luego los agentes se fueron. Poco después, el saudita fue acusado de haber aportado dinero a una asociación caritativa en Detroit que estaba bajo sospecha de vínculos terroristas. En abril se repitió el drama en la universidad estatal de Arizona, donde se arremetió contra un grupo de estudiantes cuyo crimen fue ser mediorientales y haber pasado una tarde en una galería de tiro recreativo. La violencia estatal busca no el enemigo sino el posible enemigo; la seguridad depende no de la capacidad de responder sino de ser el primero en agredir (esto, partiendo de la frase favorita atribuida a Condoleezza Rice, «la mejor defensa es un buen ataque»). Por ley nacional, todos los hombres jóvenes oriundos de 25 países musulmanes han sido citados ante el servicio de inmigración; se les toman las huellas, una foto, se verifican sus documentos; quienes presentan la más mínima irregularidad en su estatus migratorio son inmediatamente detenidos o deportados. Se retienen a miles, entre ellos a seis estudiantes de Colorado cuyo delito fue no haberse matriculado por insuficientes horas de clase. Se prepara una segunda etapa: la muestra de ADN, y una inmensa base de datos que rastreará todos los movimientos de los 1,2 millones de estudiantes e investigadores extranjeros en el país.

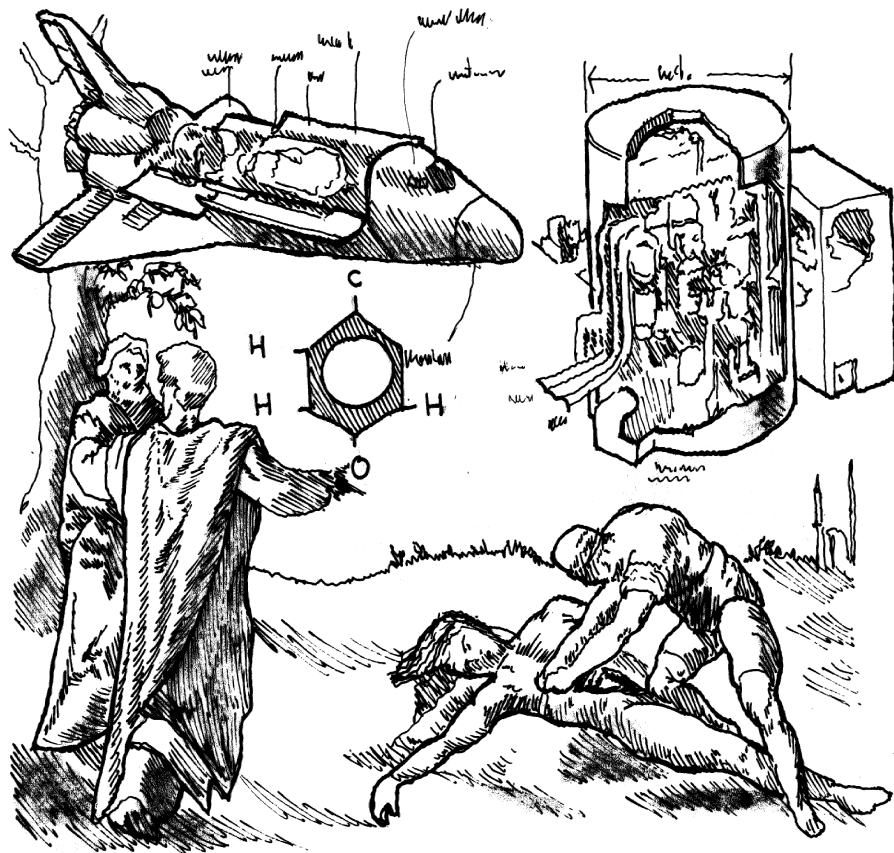
***Los ciudadanos
son interpelados
por tres invitaciones:
la denuncia,
el consumo y
la conformidad***

El ataque preventivo y el asalto rápido generan una nueva hermenéutica, que transforma el cuestionamiento en amenaza, la disidencia en antipatriotismo y el antipatriotismo en terrorismo. El fanático estrella O'Reilly declara que los activistas opuestos a la guerra deben ser encarcelados. Richard Perle, importante consejero del Departamento de Defensa, señala al distinguido periodista Seymour Hersh como «lo más cercano que hay a un terrorista». Por su parte, Foner es uno de tantos «profesores traidores» que «odian a América». («Estás con nosotros o estás con los terroristas», declara Bush.) Estos violentos juegos de atribuciones autorizan toda clase de agresiones. Un hombre en Santa Fe es arrestado e interrogado por cinco horas por haber escrito en un *chatroom* de internet que Bush «está fuera de control»; su comentario se interpreta como «una amenaza contra el presidente». Los órganos de caridad cancelan las apariciones de Susan Sarandon y Tim Robbins por miedo a lo que vayan a decir. La hermenéutica de la camiseta entra en juego: en el estado de Nueva York un hombre es arrestado en un *mall* por llevar una camiseta que dice «Paz en la Tierra»; en Florida un niño es expulsado por llevar otra con el símbolo de la paz. Los maestros de primaria y secundaria se sienten autorizados para casti-

gar cualquier expresión de crítica a la guerra o al Gobierno, mientras en Albuquerque dos maestras de secundaria son despedidas por exhibir afiches contra la guerra en sus aulas. En dos universidades, estudiantes que como signo de patriotismo disidente despliegan la bandera al revés, son atacados y agredidos físicamente.

En este escenario recodificado por la nueva doctrina, los ciudadanos son interpelados por tres invitaciones: la denuncia, el consumo y la conformidad. No es una fórmula satisfactoria, sin embargo. En cuanto a la denuncia, la ética individualista de los estadounidenses no acepta el espionaje sobre el vecino, ni la vigilancia del vecino sobre uno. La gente rechazó rotundamente una propuesta post 11-S para formar un cuerpo ciudadano encargado de reportar actividades sospechosas. Por otro lado, las personas se vuelcan al consumo, pero la debilidad de la economía y la dramática polarización económica del país se traduce en que muchos carecen de recursos para consumir. Por su parte, la conformidad no requiere de talentos ni recursos, pero choca con otra reacción provocada por las emergencias —el deseo imperioso de «hacer algo». Hay en el país una enorme necesidad de actuar, frente a un Estado que le pide al ciudadano no hacer nada, que sólo vea televisión y que ni siquiera vote. Al mismo tiempo, el miedo ha puesto en juego un fuerte deseo de ser protegido; esto es lo único capaz de dar sentido a la pasividad y, para algunos, legitimidad a la vigilancia. La gente se divide, por ejemplo, frente a las nuevas medidas de seguridad en los aeropuertos, que imponen un ritual de *strip tease* serial, acto de vulnerabilidad voluntaria y de sometimiento del cuerpo al poder del prójimo conciudadano (aunque muchos inspectores no lo sean). Algunos lo encuentran reconfortante, un ejercicio placentero de solidaridad cívica y una garantía eficaz. Para otros es una intrusoria puesta en escena de autoritarismo.

Como herramienta político-ideológica, el asalto rápido opera con el fin de intimidar; como mecanismo mediático-comercial, su propósito es montar un espectáculo que atraiga público. Cuando trabajan juntos en los muy exitosos *talk shows* de derecha (p. ej., Rush Limbaugh en radio, Bill O'Reilly en televisión), el dogmatismo político y el estilo violento y agresivo producen una fórmula mediática y comercial con la cual el pensamiento democrático todavía no encuentra manera de competir. El show consiste en la violenta descalificación de toda postura que difiera de la doctrina del día; se deslegitima el diálogo, la racionalidad, los valores democráticos y cualquier concepto de consenso basado en el compromiso o el entendimiento mutuos. La fórmula tiene varios puntos vulnerables, sin embargo. El comercio no se deja regir por lealtades. Los programas de ataque requieren una sucesión constante de blancos espectacular-



rizables, sean de izquierda o de derecha. Si hacen falta moros, se ataca cristianos. La no aparición de las armas masivas en Irak, por ejemplo, crea blancos muy atractivos en el Departamento de Defensa. Mientras tanto los ataques preventivos amenazan acabar con los moros, es decir, dejar la derecha sin blancos atacables, y sin materia prima con la cual mantener los miedos y justificar, por ejemplo, las detenciones preventivas. La prevención exitosa se auto-deslegitima –la onda de ataques terroristas que se anunciaba en EEUU no se produjo.

Orígenes y antecedentes

El ataque a las Torres Gemelas no surgió de la nada, aunque se haya vivido así. Lo mismo podría decirse de los cambios políticos que le siguieron. Se anunciaron y se vivieron como consecuencias del 11-S, pero como se va descubriendo, antes existieron como proyectos que buscaban un clima ideológico y político apropiado para realizarse. La *Patriot Act* aprobada en octubre de 2001, que trans-

formó los derechos civiles frente a la amenaza terrorista, apareció con tanta rapidez que se supone que en gran medida ya estaba redactada antes del ataque. Un plan titulado «Defending the Homeland» (Defensa de la Patria) fue redactado en 1999. El proyecto de intervención en Irak llevaba años circulando en Washington; Clinton lo había rechazado. *Shock and Awe* fue el título de un libro publicado en 1996 por la Universidad Nacional de Defensa. La idea de una apropiación estadounidense de los recursos petroleros en Medio Oriente se originó, según la revista *Harper's*, como un sueño de Henry Kissinger en los años 70, cuando EEUU aún no tenía presencia militar en la región.

La continuidad de las ideas se refleja claramente en la continuidad de los personajes. Una de las grandes revelaciones de las revisiones históricas efectuadas a raíz del triunfo de la derecha, es que la siembra de la derecha se produjo entre los años 1968-1978, época triunfal de las fuerzas progresistas. Por ejemplo, Richard Cheney y Donald Rumsfeld, actuales vicepresidente y secretario de Defensa de EEUU, se conocieron en 1968 cuando aquél, estudiante de posgrado de 27 años, era becario en Washington y Rumsfeld, con 35 años, era un joven congresista. No se cayeron bien, dicen. Para Rumsfeld, Cheney era un académico distraído; a éste, el hoy vicepresidente le parecía arrogante (*The New York Times*, 31/5/03), pero igual, el arrogante contrató para su equipo político al distraído. En los mismos años el joven Karl Rove empezaba su carrera con los *College Republicans* (Republicanos Universitarios), asociación a cuya presidencia accedió con la ayuda oculta del ala derecha del Partido. Contratado en 1980 por el equipo de campaña presidencial de George Bush padre, se estableció en el seno de la dinastía Bush.

Durante el auge del liberalismo progresista en las instituciones académicas, las delegaciones de la Asociación de Republicanos Universitarios fueron marginadas y burladas, pero también estuvieron patrocinadas por poderosos intelectuales como William Buckley, y por grandes fundaciones conservadoras que cultivaban talentos como Rove, financiando capacitaciones, estudios, congresos y reuniones y, durante los años 80, una red de periódicos estudiantiles agresivamente conservadora. Algunos han seguido carreras permanentes en los institutos de investigación que posee la *intelligentzia* de derecha. Rove fue uno de los tantos actores futuros cuidadosamente cultivados por esa maquinaria patriarcal, consciente de estar construyendo un movimiento cuyo vehículo político iba a ser el Partido Republicano. En los *campus* universitarios se convocaba a jóvenes ambiciosos y desafectos a las retóricas triunfales del feminismo, la justicia racial o la multiculturalidad. El Partido Demócrata nunca emprendió un proyecto parecido. Sin duda por influencia de su sector sureño conservador

y racista, más bien rechazaba la radicalidad de su base de apoyo juvenil y universitaria. Las consecuencias, 30 años después, son devastadoras. Con poquísimas excepciones, las energías radicales de la numerosísima generación de la posguerra (los *babyboomers*) nunca han sido recuperadas por el sistema político del país. El liderazgo del Partido Demócrata nunca ha reflejado sus bases de apoyo, lo cual limita su capacidad de estructurar una oposición eficaz dentro del escenario político y legislativo. Los votos obtenidos por Ralph Nader en las últimas elecciones presidenciales hubieran garantizado la victoria de Al Gore.

Como dice Foner, «la historia de los derechos civiles en EEUU está lejos de tener una trayectoria directa hacia una libertad cada vez mayor». El caso más cercano y obvio es el maccartismo; hoy a veces basta sustituir la palabra terrorista por comunista. La lista de organizaciones terroristas publicada por el secretario de Justicia, John Ashcroft, recuerda la Lista de Organizaciones Subversivas de la administración Truman a fines de los años 40. La American Association of Universities declaró en 1953 que el comunismo mundial constituía la principal amenaza para la libertad académica, y la membresía en el Partido Comunista «extingue el derecho a un puesto universitario». El texto se encuentra todavía en su sitio de internet, junto a consideraciones sobre el papel de las universidades en garantizar la superioridad militar estadounidense. Muchos historiadores encuentran importantes paralelos con la Primera Guerra Mundial, cuando las Actas contra el Espionaje (1917) y la Sedición (1918) prohibieron prácticamente toda crítica al Gobierno y a la guerra. En esa ocasión gran número de disidentes, socialistas y líderes sindicales fueron encarcelados o deportados, y se despidió a académicos opuestos a la guerra. El Gobierno también estableció una agencia de propaganda, el Comité de Información Pública⁵. El politólogo Richard Lewontin ofrece una hipótesis general: «En EEUU –dijo en 1997– la intervención estatal masiva en la producción y el consumo se vuelve una posibilidad política sólo en una crisis de guerra, cuando la supervivencia de la nación y de la civilización en general son amenazadas»⁶. Sus palabras, referidas a la Guerra Fría, anticiparon la necesidad de esta nueva onda de militarización y un nuevo antagonista global, el terrorismo. El fin de la Guerra Fría, según esta hipótesis, anuló una de las principales maneras de equilibrar la economía del país. El geógrafo marxista David Harvey confirma el argumento. La guerra y el gasto social, dice, son los dos mecanismos disponibles para corregir las inevita-

5. Por razones incomprensibles, los antecedentes más obvios, o sea las repetidas intervenciones estadounidenses en los países de este hemisferio, casi nunca se explicitan, a pesar del reconocimiento de que la invasión a Irak representa una nueva fase de política imperial.

6. R. Lewontin: «The Cold War and the Transformation of the Academy» en *The Cold War and the University*, New Press, Nueva York, 1997, pp. 1-34.

bles crisis de sobreacumulación producidas por el capitalismo desenfrenado⁷. El análisis explica múltiples dimensiones del momento actual, pero tal vez sus causas y efectos se hayan alternado. La dramática reestructuración económica que se lleva adelante bajo el pretexto del antiterrorismo apunta hacia una intervención estatal para institucionalizar la sobreacumulación y garantizar un desequilibrio permanente. ¿Será que la sobreacumulación deja de ser un efecto indeseable para ser el motor de una nueva estrategia geopolítica: el estado de guerra permanente?

Disidencia, resistencia y el nuevo superpoder

En marzo de 2003, por la época de los ataques a las Dixie Chicks y al profesor de Columbia, circuló un correo electrónico anunciando que el representante demócrata Dennis Kucinich estaba dispuesto a presentar en el Congreso una resolución que le quitaba al presidente Bush la facultad de adelantar la guerra sin aprobación parlamentaria. El correo decía que si recibía en las siguientes 24 horas suficientes mensajes de apoyo (creo recordar que mencionaba la cifra de un millón) se consideraría con el respaldo como para dar ese paso y enfrentar

***Las prácticas
 más tradicionales
 de oposición
 siguen funcionando***

la crítica que ello ocasionaría. Se solicitaba al destinatario escribir a Kucinich y reenviarlo a allegados y amigos. De inmediato decenas de miles de ciudadanos copiaron, mandaron y reenviaron el mensaje; en las 24 horas siguientes Kucinich recibió más del número de correos que pedía y presentó luego la demanda. Ésta escena se repite a diario entre decenas de millones de estadounidenses, con múltiples variantes. Como se mencionó más arriba, la comunicación electrónica se ha tornado una poderosa herramienta de solidaridad, disidencia y actuación colectiva, resistente hasta ahora tanto a los ataques preventivos como al asalto rápido. A pesar de las expectativas en contra, la comunicación electrónica no ha suprimido el diálogo directo, la participación callejera ni la manifestación formal, más bien ha demostrado una importante capacidad de complementar y facilitar aquellas acciones; por otra parte enriquece considerablemente las bases de datos asequibles entre los interlocutores, factor que ayuda a que los puntos de vista de la gente difieran de las pautas televisivas. La movilización mundial del 15 de febrero de 2003 fue un parteaguas; producto de la coordinación electrónica y de un nuevo activismo centralizado en internet, resultó la primera manifestación masiva a escala planetaria.

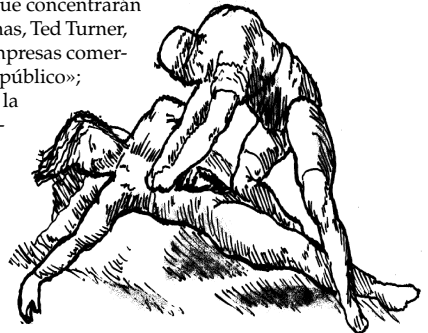
7. D. Harvey: «The 'New' Imperialism: On Spatio-temporal Fixes and Accumulation by Dispossession» próximo a aparecer en *The Socialist Register*.

En EEUU, la red Moveon, liderada por un joven veinteañero de Berkeley, fue un ejemplo innovador y eficaz. Su gran innovación ha sido la acumulación no solo de firmas sino también de fondos. Se puede mandar un mensaje anunciando que se precisa dinero para un anuncio televisivo o radiofónico, y la plata es canalizada en cuestión de horas; contribuir sólo requiere clickear. Y de hecho, al igual que los servicios de venta en línea, si el usuario lo desea el sistema guarda su número de tarjeta para futuras contribuciones. Téngase en cuenta que en mayo de 2003 los opositores a una nueva norma de desregulación de los medios pudieron presentar más de 750.000 mensajes electrónicos en apoyo a su postura, hecho que ha forzado la reconsideración de las medidas⁸.



Las prácticas más tradicionales de oposición siguen funcionando, vigorosamente en algunos casos. Más de 100 ciudades aprobaron resoluciones que rechazan la erosión de los derechos decretada en la *Patriot Act*. La Asociación Nacional de Bibliotecarios está proponiendo normas para eliminar los nuevos controles sobre el acceso a internet y la posible vigilancia gubernamental sobre los préstamos de libros; la Asociación Nacional de Libreros adelantó iniciativas para anular las leyes que permiten al Gobierno vigilar las compras de libros. Frente a la erosión de los derechos civiles durante 2002 y 2003, la membresía en la Unión Americana de Derechos Civiles (ACLU, por sus siglas en inglés) casi se duplicó, hasta alcanzar 300.000 afiliados, y la entidad fue inundada de contribuciones que le permiten publicar anuncios en los periódicos nacionales y abogar en las cortes en contra de medidas represivas. El proyecto «Total Information Awareness», un inmenso plan para vigilar todas las bases de datos públicas, privadas y comerciales, propuesto por el muy recordado John Poindexter, se canceló ante el fuerte rechazo suscitado. En los *campus* universitarios, junto con el debate sobre la guerra, crecen las campañas antimaquilas, que presionan a las fábricas de ropa deportiva, por ejemplo, a mejorar los sueldos y las condiciones laborales. Más impactantes todavía son las nuevas alianzas entre estu-

8. A pesar de una oposición amplia y fuerte, el 1º de junio los cinco miembros de la Comisión Federal de Comunicaciones (FCC), encabezada por el hijo del actual secretario de Estado, Colin Powell, votaron 3 contra 2 a favor de establecer nuevas reglamentaciones que concentrarán aún más la propiedad de los medios. Oponiéndose a las nuevas normas, Ted Turner, fundador de CNN, ha señalado que los cambios entregarán a las empresas comerciales «aún más poder para excluir ideas importantes del debate público»; Barry Diller, ex-director de los Estudios Paramount, fundador de la red Fox e importante accionista de Vivendi, insiste que «necesitamos más reglamentos, no menos» (*The New York Times*, 2/6/03). Una coalición de demócratas y republicanos asegura la futura reconsideración de las nuevas reglas.



diantes y trabajadores de mantenimiento, que en un número creciente de universidades han logrado imponer nuevas normas de trabajo y sueldos más adecuados; también, se sindicalizan las capas más explotadas del trabajo académico. Los nietos de los años 60, herederos de los valores de sus padres, demuestran un sentido práctico que le faltó a la generación anterior.

Hasta la literatura se ha vuelto un terreno de lucha. En los meses siguientes al 11-S, el Departamento de Estado contrató a 15 eminentes autores para contribuir a una colección de ensayos sobre el tema del escritor en la cultura americana (v. *The New York Times*, 7/12/02). El propósito era demostrar al extranjero, sobre todo en el mundo árabe, que la cultura estadounidense es más que McDonald's y Hollywood. De hecho el proyecto recuerda las campañas culturales de la Guerra Fría, a cargo de la entonces United States Information Agency. En la poesía, mientras tanto, estalla la controversia. En 2002 Amiri Baraka, militante afroamericano y poeta laureado del estado de New Jersey, fue destronado luego de leer un poema donde se atribuía el ataque a las Torres a una conspiración judía. En febrero de 2003, en pleno preparativo bélico, la primera dama invitó a un distinguido grupo de poetas a un simposio en la Casa Blanca, sobre tres grandes figuras nacionales: Walt Whitman, Langston Hughes y Emily Dickinson. Cuando algunos invitados anunciaron su intención de aprovechar la ocasión para hablar contra la guerra, Laura Bush canceló el evento. Uno de los invitados respondió con una exhortación general a los poetas para colocar poemas contra la guerra en un sitio en la red. En un día llegaron 1.500 poemas, y pocos días después 3.500. Los mismos poetas organizaron lecturas alternativas en distintos lugares del país⁹.

La disidencia también aparece en los lugares menos esperados. La oposición a la guerra dentro de las fuerzas armadas fue intensa, y hasta los soldados rasos, en entrevistas televisivas, expresaron sus dudas y su confusión acerca de los motivos para la intervención. En la CIA y las agencias de espionaje los agentes experimentados se horrorizaron frente a la manipulación de datos para justificar la invasión. Pero el nuevo elemento es seguramente el novedoso protagonismo ciudadano a escala global, posibilitado por la comunicación electrónica y la visibilización televisiva. Lo que ocurrió el 15 de febrero no fue una serie de protestas locales sino una sola manifestación global con forma de archipiélago. La oposición a la política de EEUU ha desencadenado lo que el escritor Jonathan Schell llama un nuevo superpoder: el público global. Sin caer en romanticismos, es innegable que una fuerza nueva ha entrado en el escenario geopolítico.

9. Mientras tanto, el director de la prestigiosa universidad militar de West Point es el teniente general William J. Lennox, Jr., doctorado en literatura inglesa por Princeton y gran admirador de la poesía.